



En El Salvador se mata  
en las calles y en los campos...

## NO ES LO MISMO POLONIA QUE TURQUIA NI LA IZQUIERDA QUE LA DERECHA

EDUARDO HARO TECGLÉN

**L**A manera que tenemos de recibir la información de los acontecimientos políticos del mundo nos lleva insensiblemente a un punto de vista imperial de lo que está sucediendo. Es la simplificación de una serie de hechos que no tienen por qué estar emparentados entre sí como si formasen una unidad. En este aspecto da lo mismo adoptar una posición o la contraria: es decir, la de considerar que los puntos donde hay una tensión máxima en estos momentos son el resultado de una lucha general por las libertades y por la dignidad sería, en grueso, la misma que considerar que hay una subversión generalizada para destruir los valores de la civilización, aunque la primera fuese una óptica de la izquierda

y la segunda de la derecha. No somos enteramente responsables de esta simplificación. Se nos ha programado para esta concepción de la historia desde los primeros manuales de la escuela primaria y, salvo los historiadores muy especializados, sobre todo los que a partir de este siglo han comenzado a estudiar los acontecimientos de otra manera, este tipo de óptica ha prevalecido siempre. Hablar de la Edad Media -baja o alta, en todo caso-, del Renacimiento o de la Reconquista obligan a acumular con una densidad muy poco correcta siglos enteros, movimientos lentos, vías de pensamiento, progresos y retrocesos, en un grupo reducido de páginas. El error al que conduce todo esto es el de «el sentido de la historia», el de ver todo lo que ha sucedido, aunque sea en un período corto de la Humanidad, rodeado de antecedentes y consecuen-

cias: como si fuese inevitable y, al mismo tiempo, transmisor único del futuro.

Este condicionamiento perturba más en nuestro tiempo a la izquierda, con una tendencia mayor al análisis intelectual y al examen libre, que a una derecha que suele moverse por unos intereses y que establece las teorías después de los acontecimientos. La gran derecha mundial que en estos momentos prevalece tiende, por ejemplo, a indignarse por las comparaciones entre Turquía y Polonia. Turquía -dice- y lo ha dicho concretamente el secretario general de la OTAN, Joseph Luns, pero es una idea muy corriente en sus círculos- es un país donde sus generales han realizado una operación de salvamento nacional, de limpieza de unas plagas terroristas y de defensa frente a unos gérmenes patógenos de desintegración nacional; en Polonia, en cambio, los generales son *traidores* -palabra de Luns-, porque han sujetado a su pueblo y le oprimen al servicio de una nación extranjera, la Unión Soviética. La idea de que los generales turcos hayan oprimido a su pueblo al servicio de otra potencia extranjera como son los Estados Unidos, o un grupo de potencias -la OTAN- alineadas con los Estados Unidos no aparece siquiera como elemento de análisis. No se les ocurre. El sentimiento imperial conduce a considerar la resistencia turca como una subversión y a la polaca como una restauradora de la voluntad popular. El mismo sentimiento imperial es el que puede llevar a la URSS a considerar a los generales polacos como patriotas y a los turcos como traidores.

La forma que llamaríamos libre de considerar todo este complejo es más confusa. La izquierda *moderna* -por llamar de algún modo a la conciencia libertaria que está apuntando desde hace más de una docena de años- tiende a equiparar los dos hechos desde un solo punto de vista: el de los oprimidos contra los opresores. Es una conciencia sartriana -del Sartre de los últimos años de su vida-, una conciencia donde está Mayo del 68 -que ha influido en la manera de pensar de la izquierda mucho más de lo que se supone-, o la «nueva izquierda» de los Estados Unidos. La izquierda *antigua* tenía más tendencia a la separación entre buenos y malos. Esta finura intelectual ha producido ya grandes destrozos en el pensamiento de la izquierda; hemos de esperar que sobre los nuevos solares producidos por estos destrozos se edifique algo sólido. El tema del Vietnam, el tema de Cuba... La izquierda acogió la lucha del Viet-

## NO ES LO MISMO

nam como algo suyo, y lo era; nada más emocionante que la lucha de un pequeño pueblo casi inerme como un gigante de acero, y su victoria. Pero ahora Vietnam se le aparece como una dictadura que destruye a sus vecinos -Camboya- y que hace huir a sus ciudadanos disconformes en condiciones espantosas -el «boat people»-; como Cuba es al mismo tiempo el país heroico situado a las puertas del gran imperio, solitario y agredido; y la dictadura que encierra intelectuales, que contradice los impulsos naturales, que ensalza a una camarilla y niega alimentos al pueblo... Nada más desgarrador que la cuestión de Israel-Palestina; nada más asombroso que ver a un pueblo que ha sobrevivido a las cámaras de gas y las deportaciones y el hambre convertido en el que a su vez expulsa, aprisiona, condena a la diáspora, bombardea y ataca incansablemente a otro pueblo como es el palestino. La izquierda no sale de su estupor. Como no sale del estupor de Chile: cuando la izquierda gobierna por la legalidad, sin excesos, sin dictadura, es barrida por un golpe de Estado. ¿habría que optar, entonces, por esas dictaduras de la izquierda para evitar las de la derecha?

El refugio de la izquierda consiste, entonces, en un libertarismo a toda prueba, y evidentemente honesto. Allá donde haya opresión, donde hombres y mujeres no puedan ejercer sus derechos ciudadanos, donde una comunidad no pueda darse el gobierno que desea y donde la expresión de las ideas esté prohibida, allí está el enemigo, Polonia, Turquía, El Salvador; todo es un mismo frente de combate. Se priva así a los matices; y al mismo tiempo lava su conciencia -y a veces su existencia- del peligro de ser confundido con un amigo de la URSS, con lo cual cae en la trampa imperial contraria. Ya ha confundido a Jomeini con la libertad y con la libre disposición que un pueblo tiene de sí mismo, lo cual es evidentemente falso. Confunde ahora lo que sucede en Polonia con lo que sucede en Turquía o con lo de El Salvador. Hay una cuestión de pesos y medidas. El largo, aciago régimen comunista de Polonia, y su aún más aciaga sumisión forzosa a la URSS ha producido una reacción de defensa, y esa reacción está encabezada por una Iglesia cuyo exponente más moderado parece ser el Papa Wojtyła, y por un movimiento sindical de tipo gremialista. Cómo la izquierda parece abstraerse de la cantidad de derechismo intrínseco que hay en esa reacción, de la fuerza con que la Iglesia polaca y el Vaticano polaco están tratando de imponer otras opresiones, y de la influencia directa e indirecta del imperio

de Estados Unidos y del juego estratégico de grandes potencias que hay en todo esto es uno de los grandes acontecimientos contemporáneos: la izquierda moderna ha perdido su naturalidad. Naturalmente que los hechos producidos en Polonia no son comparables a los de Turquía o El Salvador; estos últimos son infinitamente más graves y tienen un sentido distinto. Pero nadie quiere contaminarse de sovietismo; es una de las victorias imperiales la de haber conseguido que la exposición completa de una verdad, o de una óptica libre sobre un acontecimiento, no se emita por temor a ser confundida; se cae en la otra confusión. En Polonia la represión es moderada, limitada, medida; deja entender, con razón o sin ella, que la dictadura militar es una situación *polaca* para evitar una situación *soviética* y algunos elementos de juicio pueden hacerlo pensar así. Está claro que toda dictadura, todo golpe, toda opresión es negativa; pero aún hay matices, y pesos y medidas. En Turquía hay penas de muerte y las ejecuciones consiguientes; las cárceles están llenas, y hay más muertos por la tortura que ejecutados por el pelotón. Meros sindicalistas, meros políticos no revolucionarios -como Bulen Eçevit- van a la cárcel por simples expresiones de ideas. En El Salvador hay matanzas de campesinos en masa; hay comandos de asesinos que hieren a la Iglesia mucho más duramente que en Polonia -monseñor Romero, asesinado-; hay un ejército que dirige las operaciones contra el pueblo y hay organizaciones paramilitares de las que en Europa se han llamado siempre fascistas, que cometen toda clase de crímenes en el campo y en las ciudades. Naturalmente que si se conserva un cierto sentido del equilibrio que ha sido la gala del intelecto de izquierdas, si el miedo no es demasiado grande o la coyuntura demasiado propicia, hay que distinguir entre El Salvador y Turquía por una parte, y Polonia por otra. Como no hay que olvidar que hay revoluciones contrarrevolucionarias, si se me permite esta expresión tan aparentemente contradictoria, como es la del Irán, que en principio era muy parecida a la de Polonia: un sentimiento religioso profundo -de otra religión, desde luego-, un nacionalismo a ultranza: la defensa de una cultura y de unos valores tradicionales, se enfrentaban a un régimen tiránico entregado en cuerpo y alma al imperio de los Estados Unidos; y esa revolución contrarrevolucionaria ha terminado instalando un régimen quizá más independiente que el anterior, pero cuya capacidad de verter sangre y de ahogar las libertades es por lo menos

igual y a veces superior. Las tortuosas, propagandísticas, amenazadoras propagandas de la derecha han contagiado a la izquierda. Parece mucho más fácil que lo inverso. Toda la propaganda de la izquierda a partir de la Enciclopedia no ha logrado jamás convencer a la derecha. Si acaso, resignarla.

Es evidente, con una lectura de buena fe, que no se trata aquí de *condenar* el movimiento de Solidaridad, de *justificar* la dictadura militar, de *comprender* la presión soviética o de *aceptar* la división o reparto del mundo en dos imperios. Es precisamente lo contrario de esos juicios de valor rápidos y absolutos lo que se pretende: es más bien un intento de medir las situaciones reales. Es preciso huir de las condensaciones de sucesos que puede producir una lectura rápida de la información diaria o la falta de matización de los boletines de radio o de televisión y de no someterse a esa otra dictadura del «todo es igual», o de la consideración de los factores agresivos en la especie humana, o de seguir el hilo de una historia de ruido y sangre contada por un idiota, como decía Shakespeare -más o menos-.

La izquierda ha sufrido más gravemente que la derecha de todas estas contracciones. La vulneran directamente en su capital, que es la capacidad de considerar los hechos por su valor intrínseco y por su valor relativo. Después de año, casi siglos, de denunciar y vigilar las «contradicciones del capitalismo», la izquierda ha perdido de vista las contradicciones de su propia lógica. Es evidente que cuesta mucho trabajo simultáneamente el internacionalismo, la noción de igualdad de razas, sexos y situaciones, con el amparo de las culturas minoritarias, de los nuevos nacionalismos minúsculos o fragmentarios; es muy difícil hacer compatible una posición de libre pensador con la exaltación de las religiones como fuerzas populares; la noción de que el progreso científico y técnico ayuda a la libertad del hombre con el miedo a la electrónica, a la energía nuclear, a la destrucción de la naturaleza.

Quizá más que las grandes perspectivas generales convendría volver a examinar cada problema por sí mismo; deslindar lo que es ideología de lo que es propaganda. Y, desde luego, no confundir Polonia con Turquía sobre la base simple de que son dos dictaduras de generales ejercidas contra la voluntad de sus pueblos. Es así, pero es mucho más: por lo menos, no dejemos que nos roben los matices y las diferencias, y las verdaderas gradaciones de los acontecimientos. ■  
E. H. T.